

En la esquina suroeste del Museo Nacional se alza una tarima, y frente a ella una gradería. El público, casi todo joven, se encarama en la gradería para observar lo que sucede en la tarima. Lo que sucede en la tarima es teatro, bajo la luna y las estrellas. Es el Teatro al Aire Libre. La quinta temporada veraniega al aire libre que desarrolla en San José la Compañía Nacional de Teatro. La primera fue en la explanada central del Museo, en 1972; pero la Junta Directiva de la institución no la quiso ceder más, y en 1973 la temporada tuvo lugar bajo el frontispicio pseudo clásico de la vieja Universidad, pero la Corte Suprema de Justicia tenía decidido tumbarla y construir allí, y en 1974 la temporada se celebró frente al Ministerio de Salud, en el Parque llamado de la lotería, pero la afluencia de público disminuyó ese año, y en 1975 el teatro volvió al Museo-pero no a la explanada sino a la esquina que la Junta Directiva dijo; allí se quedaron los actores todo el año bajo una carpa, y allí están ahora sin la carpa, que es verano. Pero no por mucho tiempo: la Junta Directiva del Museo construirá en esa esquina. Y el director de la Compañía Nacional de Teatro anda buscando dónde instalar su teatro, que ya es permanente, como si no viese ninguna otra cosa que hacer.

Actor casi veterano que se formó en el recordado escenario de "Las Máscaras" hace unos quince años, y que muchas veces ha conquistado aplausos excelentes críticas y premios (mejor actor del año por "El Emperador Jones"), Oscar Castillo es el tercer Director (no de escena sino administrativo, gerencial) que tiene la Compañía Nacional de Teatro fundada en 1971 como una dependencia semi-autónoma del Ministerio de Cultura. Después de tres años de dirección de Esteban Polls y de unos meses bajo el comando de Lenin Garrido, la Compañía quedó en manos de Castillo a comienzos de 1974.

DEL NACIONAL HACIA LA INTEMPERIE

La compañía ha tenido una historia y una política accidentadas. Se habló al principio de que haría una temporada anual de tres meses en el Teatro Nacional y viajaría por el país el resto del año. Las temporadas veraniegas -dice el folklore del gremio- fueron producto de un berrinche ministerial cuando no se pudo obtener el Teatro Nacional exclusivamente para la compañía durante el lapso requerido. En todo caso, la CNT ha ido pocas veces al Nacional, pero no ha logrado éxito allí con temporadas formales de función nocturna, temporadas que sí han sido espectacularmente populares cuando han sido veraniegas y al aire libre. El público joven, que es el que principalmente se ha aficionado al Teatro, es alérgico al Nacional a pesar de que le han aflojado las viejas restricciones sobre vestimenta.

Oscar Castillo tomó a su cargo la Compañía en un momento casi de crisis: Esteban Polls, que la había regentado desde el comienzo se había vuelto a España; Lenin Garrido había presentado su renuncia después de pocos meses, de una puesta en escena personal e inteligente de la "Andorra" de Frisch y en momentos en que era inminente el cambio de gobierno. Desde entonces, a Oscar Castillo le pueden haber acusado de muchas cosas, pero no de haber descuidado a la Compañía Nacional de Teatro, o de no haber peleado, luchado, gritado desafortunadamente y trabajado 25 horas al día por la Compañía, como si fuese una cosa propia.

A veces, se le discute el Repertorio. El Jurado de los Premio Nacionales, de Teatro, tuvo a bien, la semana pasada, incluir en su fallo una consideración sobre la incertidumbre de la CNT en materia de repertorio. En ocasiones, pareciera que se ha puesto pues al servicio más de la política de DINADECO, que de

TEATRO PARA TODO EL MUNDO

OSCAR CASTILLO



ra. Otras veces la Compañía funciona como si fuera eso que llaman "un instrumento de cambio social", y en rápida sucesión ofrece una visión sincera pero no muy exacta de la migración rural hacia las ciudades en "La Familia Mora", de Olga Marta Barrantes, una obra de Brecht y la adaptación de una novela de Joaquín Gutiérrez (conocida como es la filiación de ambos autores). Pero de pronto se expone a que la califiquen de burguesa y evasiva, con una presentación brillante de la más superficial de las comedias de Jean Anouilh (El Baile de los Ladrones), o decide resucitar -con rumbo a los escenarios de México- "Pinocho Rey" pieza meritoria de Antonio Iglesias, autor costarricense que ha escrito cosas mejores, la cual había casi fracasado menos de un año antes quizá por ser excesivamente abstracta y minoritaria. El reglamento de la Compañía (Dpto. Ejecutivo) la obliga a que en su re-

pertorio anual figuren una obra clásica, una obra costarricense, un clásico moderno, y una obra escrita en lengua española que no sea la obra costarricense. De pronto se pasa el año y no apareció la clásica, o no apareció la obra en lengua española, (casos de 1975) pero el hecho es que la Compañía está en pie, sigue trabajando, aparece por calles y caminos, visita comunidades, tiene programas de promoción en colegios, un taller de dramaturgia para autores noveles, estrepitosas temporadas para estudiantes en combinación con el Ministerio de Educación, y que la buena calidad de las puestas, de las escenografías de las direcciones y del elenco con que cuenta, ha quedado muy clara en las tres últimas obras que ha ofrecido: "El Baile de los Ladrones" "Puerto Limón" y "El Farsante más grande del mundo" del irlandés Synge. Alejandra Gutiérrez y Alfredo Catania son los directores de planta, pero detrás de todo está la energía agotadora, el entusiasmo que hace horizonte, y la entrega total de Oscar Castillo a una causa atropellante: "Teatro para todo el mundo".

LAS MEMORIAS DE FINCH

Cuenta Peter Finch en sus memorias que, de actor joven en Australia, decidió, con otros jóvenes, que el teatro debía redimir al pueblo. Luego se dieron cuenta de dos cosas, a saber: (1) De que el teatro no servía para redimir al pueblo sino para iluminarlo; (2) De que el pueblo no tenía interés en que lo redimieran por medio del teatro. La verdad es que el pueblo tiene derecho al teatro, porque el mensaje espiritual de un gran artista, y el contacto con él, le abren, siempre, nuevos horizontes mentales al hombre. No lo redimen, pero lo mejoran, lo despiertan, le crean una conciencia sobre la existencia de ideas, fenómenos y bellezas que antes desconocía. Porque si el arte fuera para redimir al pueblo -en el sentido en que lo entienden los que citan pero no han leído a Sartre- habría, por ejemplo, que prescindir de la música instrumental.

Bien, el pueblo no ha dicho si quiere que lo liberen, o lo rediman, o lo concienticen por medio del Teatro. Pero ha dicho que quiere teatro, y Oscar Castillo y la Compañía Nacional lo escucharon. En la semana que ahora termina, el público del Teatro al Aire Libre tuvo oportunidad, por primera vez, de presenciar un programa de obras breves de Chejov y Synge que desde octubre anda por los campos y caminos. No es la primera vez que la Compañía Nacional le trae al blasé público de la capital, lo que ya vieron los campesinos. Pero si a Oscar Castillo, lo dejan, esta será la política general, continuada y constante.

La actividad que despliega, agotaría a un niño de dos años. Y no obstante ella, en 1975 hizo un alto para volver a treparse al escenario, y hacer una de sus mejores creaciones en "Puerto Limón". Tanto, que algunos creyeron que -tras haber ganado un premio como actor estelar- podría ganarse otro como actor de reparto. Bueno, el Jurado prefirió a Lucho Barahona, y sobre eso no hay queja porque se premió a un buen actor. Tampoco eso va a arredrar a Oscar Castillo. Un funcionario del Ministerio de Cultura dijo hace poco que Castillo ha tomado la Compañía Nacional de Teatro, "casi casi como tomó don Guido la Sinfónica". Entre dudas y titubeos (que él de ninguna manera reconoce), la Compañía Nacional de Teatro es un hecho irreversible de la vida costarricense. Y si tal cosa se debe al esfuerzo sucesivo de Polls, Garrido y Castillo, éste es que se las ha restregado a todos los costarricenses, la diversificó, la reestructuró en dos grupos, inventó, organizó y puso a andar programas, bajo una especie de consigna a lo Sarmiento de que las cosas hay que hacerlas. No todo el mundo está contento de la forma en que las hace pero todo el mundo está contento de que las haga.

Tal vez eso define a Oscar Castillo. A sus triunfos y a las críticas que recibe. Pero las cosas que ha hecho ahí están.